

Perspectivas poco halagüeñas

Debemos tratar de volver con prudencia a una normalidad sin adjetivos. En ese caso, habrá rebote rápido y vigoroso. Si no, el drama social, en todos sus aspectos y vertientes, será colosal, y a la recesión podrían seguir años de estancamiento.

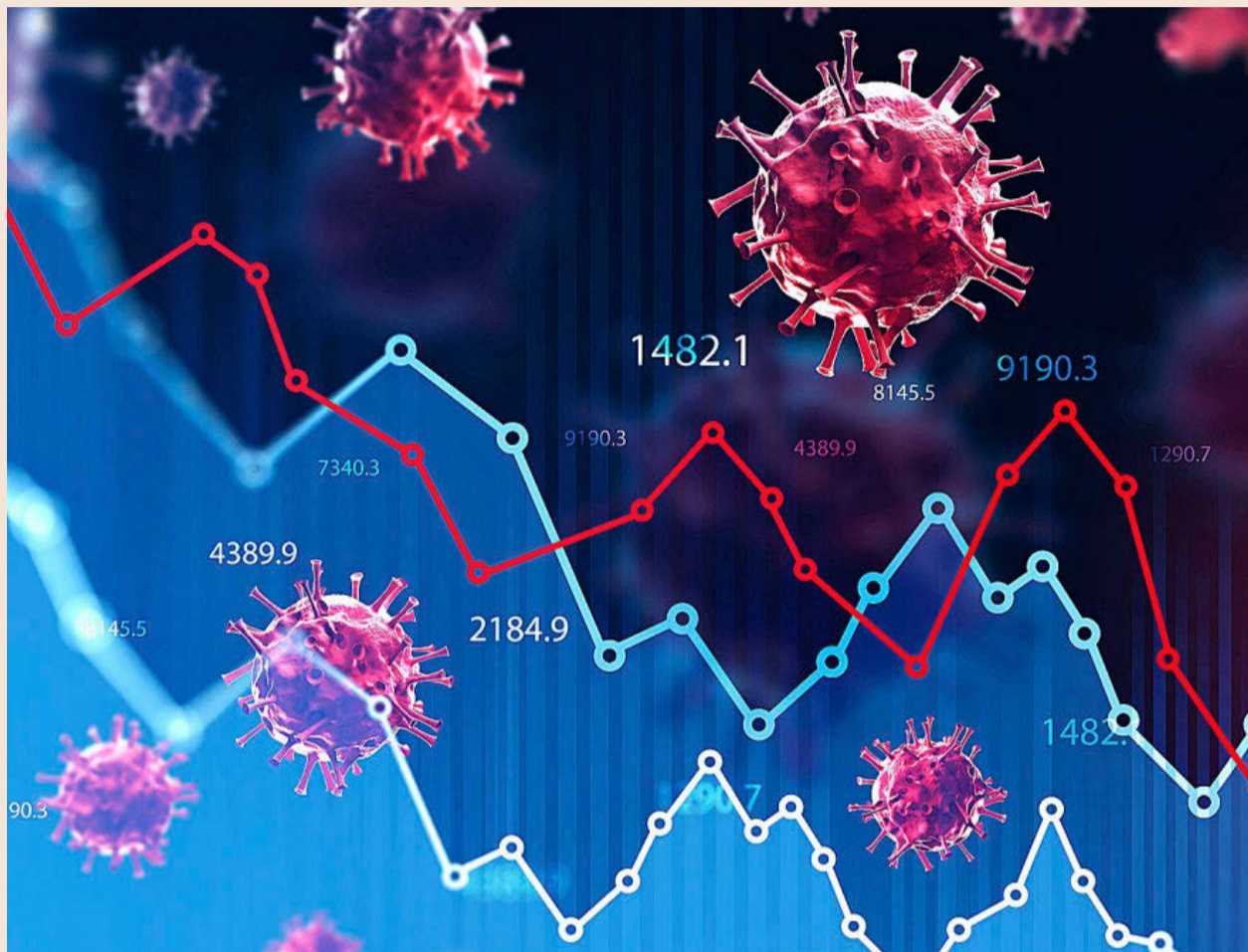
José María Rotellar

A finales de 2019, publiqué en EXPANSIÓN un artículo acerca de las previsiones económicas de España para este presente año 2020, dentro del especial sobre las perspectivas de futuro que elaboró este diario que amablemente me acoge. Decía entonces que nos enfrentábamos a un horizonte muy oscuro, ya que en el contexto internacional cada dato que aparecía confirmaba la desaceleración intensa que había entonces, que se estaba intensificando en España porque el Gobierno del presidente Sánchez, al igual que hizo hace más de una década el presidente Rodríguez Zapatero, estaba tratando de minimizar la ralentización de la economía.

Entonces, escribí que era pronto para saber si se materializaría la desaceleración en una crisis de importantes dimensiones, pero sí que había una certeza –que la economía se ralentizaba y en algunos lugares se contraía– y que había muchos, muchísimos elementos que acechaban con peligro a la actividad económica, especialmente en España los elementos nacionales, y que simplemente uno de ellos, si estallaba fuertemente, podía desencadenar una grave crisis económica.

Es obvio que entonces, a finales de diciembre, ni siquiera se conocía la naturaleza de la enfermedad, pues las autoridades chinas no comenzaron a comunicar la magnitud de la infección hasta el mes de enero. Por tanto, no era un elemento que estuviese sobre la mesa de análisis, pero sí que forma parte de aquellas cuestiones que no se conocen pero que pueden aparecer en cualquier momento desatando una crisis profunda, como ha sido el caso.

Una vez conocida la entonces enfermedad, no se cerraron fronteras con China a tiempo y el Gobierno no adoptó tampoco otras medidas de prevención más suaves que habrían podido minimizar el impacto, evitar tanto contagio, impedir, así, que la sanidad colapsase, que habría permitido que el número de fallecimientos no fuese, probablemente, tan elevado, y que habría posibilitado no tener que cerrar la economía, y menos de esta forma tan



No podemos quedarnos sin hacer nada, encerrados, hasta que haya una vacuna, porque entonces será ya tarde para todo.

abrupta como se llevó a cabo a mediados de marzo.

Sin embargo, todas las decisiones llegaron tarde y se adoptaron en el sentido contrario al conveniente, y las que parecían que, al principio, podrían ir en la buena dirección, como el anuncio de liquidez de 200.000 millones para empresas –entre público y privado–, a la semana nos encontramos con que eran unas falsas expectativas, pues la liquidez, lejos de garantizar que fuese ilimitada para sostener el tejido productivo, pasaba a ser proporcionada con cuantías, en distintos paquetes, y a un ritmo burocrático muy lento.

Esa lentitud y escasez de liquidez, unido a la negativa del Gobierno a condonar impuestos y cotizaciones a empresas y autónomos mientras durasen las restricciones, empezó a socavar la estructura empresarial. Junto a ello, las trabas a la recuperación establecidas desde el Ministerio de Trabajo, en forma de prohibición de despedir o de la imposibilidad de rescindir contratos por parte de las empresas acogidas a un ERTE, salvo cuando pudiesen entrar en concurso –pero ahí habrá que ver qué

No nos queda otra que, con prudencia, convivir con el virus sin descuidar nuestra actividad productiva

interpreta al respecto el ministerio copado por Podemos, que puede ser muy distante de la realidad– y la lentitud de reapertura de la economía, están hundiendo, a marchas forzadas, la actividad económica y el empleo en España.

El Gobierno parece que todo lo fía a los mecanismos de financiación que ponga en marcha la Unión Europea, ya que insiste hasta la saciedad en que la recuperación tiene que venir de la mano de la UE, eludiendo su propia responsabilidad. En lugar de trabajar por superar cuanto antes la situación sanitaria actual, hacer pruebas para poder permitir el regreso al trabajo con prudencia, pero con toda normalidad, sin adjetivos, al grueso de la población, el Ejecutivo se queda de brazos cruzados confiando en que el virus desaparezca por sí mismo.

No es responsable que el Gobierno no luche por salir de la crisis y simplemente

acaricie la idea de acceder a un ‘rescate’ por parte de la UE. Además de lo poco decoroso que sería para la economía española y para su calificación crediticia y la generación de confianza de cara a la recepción de inversores, la estructura económica española puede salir adelante por ella misma. Sólo necesita reformas profundas que permitan incentivar el ahorro y la inversión, eliminar trabas y, tras este año de fuerte gasto motivado por el virus, volver hacia un reequilibrio presupuestario, que habría que pactar con Bruselas para cumplirlo a rajatabla, elemento que generaría confianza.

Ambas decisiones

Si se tomasen ambas decisiones –pruebas a la población y reapertura rápida y completa, y reformas estructurales que permitiesen agilizar nuestra economía y retornar a la senda de estabilidad, al crecimiento y al empleo–, entonces, aunque este año la caída fuese intensa, no lo sería tanto (podría quedarse en un 5,3%, como ya publiqué en EXPANSIÓN) y la recuperación sería sólida y robusta, pudiendo recobrar en 2021 la inmensa mayoría del

terreno perdido en 2020. Ahora bien, si no se toman esas decisiones y se sigue con una reapertura tan lenta y un plan tan caótico como el del Ejecutivo, en el que el ala más radical del Gobierno, la parte podemita, aprovecha como ellos mismos dijeron con la prohibición de despedir, esta crisis para aplicar una política económica extremista, que persigue a inversores, empresas y ahorradores, y que incrementa exponencialmente el gasto público, además, de manera estructural, entonces la economía española va a sufrir fuertes tensiones y es probable que, al final sea necesario un ajuste mucho más intenso del que se tendría que producir si se toman ahora buenas decisiones, ortodoxas y reformistas, pues el PIB podría llegar a caer entonces, en 2020, un 17,67%, como ya publiqué en este diario (Fedea ha coincidido con ambos escenarios, el más optimista y el más pesimista).

Ahora mismo, entre parados, afectados por ERTE y autónomos en cese de actividad hay casi ocho millones y medio de personas con un futuro más que en entredicho, con la angustia que desata esa cir-

cunstancia y las muy elevadas dificultades económicas que están empezando a atravesar. Eso nos llevaría a una situación insostenible, ya que no sería soportable por nuestra estructura económica y el drama social que se viviría sería todavía de una intensidad mucho mayor que el acontecido en el ámbito sanitario, ya que ese empobrecimiento repercutiría en todos los sectores y servicios, empeorando, y mucho, nuestras condiciones y esperanza de vida.

No nos queda otra que, con prudencia, convivir con el virus sin descuidar nuestra actividad productiva. El encierro se produjo para evitar que colapsase una sanidad que, por el retraso del Gobierno en adoptar medidas, estaba a punto de saturarse. Ahora bien, una vez descongestionada la sanidad, hay que confiar en que contamos con uno de los mejores sistemas sanitarios del mundo y hay que confiar también en la responsabilidad de los ciudadanos, que sabrán cuidarse y que tomarán medidas si caen enfermos. Rebotes o nuevos contagios habrá, porque es imposible que no los haya. Si tenemos vacuna para la gripe y todos los años se manifiesta dicha enfermedad, cómo no va a haber nuevos contagios de un virus del que todavía no tenemos vacuna. Ahora bien, no podemos quedarnos sin hacer nada, encerrados, hasta que haya una vacuna dentro de un año, aproximadamente, porque entonces será ya tarde para todo: los servicios públicos no se podrán mantener, el sistema de pensiones correrá más peligro que ahora y muchos españoles sufrirán muchas carencias y necesidades, llevando no ya a la economía, sino, con ella, a la vida de muchos españoles, al colapso.

Ésa es la realidad. Debemos ser conscientes y tratar de volver, con prudencia, sí, pero volver del todo a la normalidad, sin adjetivos. En ese caso, habrá rebote rápido y vigoroso. Si no, el drama social, en todos sus aspectos y vertientes, será colosal, y a la recesión con mayores visos, cada vez, de depresión de este ejercicio, podrían seguir años de estancamiento con unas cifras de desempleo más elevadas que las que nunca hayamos podido tener.

Profesor de la Universidad Francisco de Vitoria